

Queridos hermanos y hermanas:

Hoy Jesús hace una cosa muy importante: clarifica cuál es la religiosidad buena, correcta, la que hace bien al hombre. Las suyas son unas palabras muy importantes, de las que es necesario tomar buena nota. Cuando leemos atentamente la crítica que Jesús hace a los fariseos vemos que a nosotros también nos aporta luz.

Es preciso empezar diciendo que Dios al Pueblo de Israel en el Sinaí le dio los diez mandamientos, que no se han de ver como diez prohibiciones sino como los consejos de un padre a un hijo para que ande por el camino del bien. En la primera lectura hemos leído como Dios después de dar los diez mandamientos les dice: *"No añadáis nada a lo que os mando ni suprimáis nada"*. Pero, con el paso de los siglos los judíos fueron ampliando estos preceptos con multitud de prácticas y prohibiciones. En tiempos de Jesús había más de trescientos preceptos que se tenían que cumplir.

Jesús choca con la manera de entender la religiosidad de los fariseos y maestros de la ley. Una religiosidad muy centrada en un cumplimiento externo de muchos preceptos y prácticas religiosas. Todo esto les lleva a una vivencia muy rigorista y legalista de la religión.

La advertencia que Jesús hace a los fariseos es muy seria, y nosotros es necesario que acojamos esta Palabra como una Palabra dirigida hoy a nosotros:

*"Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí. El culto que me dan está vacío, porque la doctrina que enseñan son preceptos humanos"*.

Jesús viene a decir: "veo una cierta religiosidad, veo un culto, veo unas doctrinas, pero vuestro corazón está lejos de Dios".

Si Jesús mirase nuestros actos de piedad, nuestro corazón, ¿qué diría?

¿Nos diría unas palabras parecidas a las de los fariseos? Hace falta pensarlo... rezarlo. Dejarse interpelar por la Palabra.

¿Nuestros corazones están cerca de Dios?

Seguro que descubriríamos que podemos mejorar. Y le hemos de pedir que nos ayude a poner el corazón en los actos de piedad, a no funcionar en "modo automático". Que aquello que dicen los labios, vaya acompañado por nuestro corazón.

Pienso que todos llevamos un pequeño fariseo en nuestro interior. Todos, yo el primero, tenemos una tendencia a reducir la religión a unas prácticas, a hacer

unas cosas. Y si no ponemos unción, devoción, consciencia de lo que hacemos, si no ponemos fe y esperanza, entonces la práctica religiosa que hacemos no nos ayuda a entrar en un contacto real y transformante con Dios. Nos quedamos en el acto externo. Y podemos irnos de misa tal y como hemos venido.

¡Porque, tan importante como "hacer los actos de piedad" es "cómo los hacemos!"

¿Por qué tomarlos tan seriamente? Porque en ellos nos encontramos con Cristo. Nos es necesario crecer en esta consciencia para vivir, la misa, la oración, la meditación del evangelio, como un encuentro con Cristo, con Dios!

Y estos medios, misa, oración, palabra, son las fuentes de donde mana la salvación, la gracia, la vida.

En la primera lectura cuando Moisés habla al Pueblo les dice respecto los mandamientos: "*Ahora, Israel, escucha los mandatos y decretos que yo os mando cumplir. Así viviréis...*". En los mandamientos está la vida.

Y en la segunda lectura se nos dice: "*Aceptad dócilmente la palabra que ha sido plantada y es capaz de salvaros. Llevadla a la práctica y no os limitéis a escucharla...*". La Palabra tiene poder, tiene fuerza, tiene la gracia de salvarnos. No sirve hacer una escucha superficial.

Si nos acercamos con el corazón abierto a las fuentes de donde mana la salvación, la fuente es el corazón abierto de Cristo, entonces podremos vivir el gran mandamiento: "*Amar a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a uno mismo*".

Lo que nos pasa a veces, es que en el fondo dudamos de que Dios nos pueda hacer verdaderamente felices, de que nos pueda llenar. Es la gran victoria del Padre de la Mentira, el diablo: ¡Conseguir poner en el corazón de un hijo de Dios la desconfianza hacia su Padre, la desconfianza de que Dios le podrá hacer verdaderamente feliz!

Hemos de crecer en la consciencia de un Dios amigo del hombre, que quiere nuestro bien. Dios es infinitamente más capaz de hacernos felices de lo que lo somos nosotros.

¿Por qué venir a misa, rezar, meditar la Palabra, nos parece arduo? Porque esta certeza del Dios amigo que quiere mi bien, y me bendice, y me transforma, no existe o es un poco débil.

Acabo ya, Dios que hoy nos habla y nos pide que revisemos nuestra manera de situarnos delante de Él. Que revisemos la vivencia de nuestras prácticas de piedad.